

“Del deporte a la sociedad: sobre valores y desarrollo del ser humano

Cornelio Águila Soto. Doctor en Ciencias de la Actividad Física y el Deporte. Profesor Universidad de Almería

(Extraído de

[http://www.dipalme.org/Servicios/Informacion/Informacion.nsf/1C9C7FA4EB0BD193C1257E54002B5648/\\$file/Cornelio%20Aguila.pdf](http://www.dipalme.org/Servicios/Informacion/Informacion.nsf/1C9C7FA4EB0BD193C1257E54002B5648/$file/Cornelio%20Aguila.pdf)

INTRODUCCIÓN

El deporte es hoy día un fenómeno de extraordinaria importancia social que merece la atención de investigadores y estudiosos. Pero también forma parte de los estímulos, situaciones, experiencias y emociones a los que cualquier ciudadano/a de las sociedades más avanzadas se puede exponer. Es decir, ocupa un lugar preeminente del imaginario social cada vez más “mundializado” al que asistimos recién estrenado el siglo XXI. Si hablamos del campo de la motricidad como una de las dimensiones de la globalidad de la persona, sin duda el deporte es la manifestación más popular, tanto desde el punto de vista de su práctica como de su consumo en forma de espectáculo. En los discursos que frecuentemente nos llegan se suele relacionar el deporte, especialmente la práctica físicodeportiva, con numerosos beneficios físicos, psicológicos y sociales. El deporte es presentado como un gran instrumento para el desarrollo integral del ser humano. Existe una gran cantidad de estudios y reflexiones sobre los beneficios de la práctica físicodeportiva en cada una de las áreas de desarrollo del ser humano: física (mejora de salud y prevención de enfermedades en distintos sistemas fisiológicos, mejora de habilidades motrices...), psicológica (mejora de la autoestima y el autoconcepto, aumento de la sensación de competencia, mejora de las situaciones de estrés, trastornos sueño, depresión...) y social (mejora relación con los demás, cooperación, sentimiento de equipo, reforzamiento de identidades colectivas...). A ello podríamos añadir su potencial como medio educativo y de transmisión de valores morales. **Sin embargo, no debemos caer en una retórica simplista que defiende el deporte como un fenómeno positivo per se** y que, por tanto, debe promocionarse entre la población. Una mirada a algunas investigaciones al respecto nos deja entrever su “carácter dialéctico” (Gutiérrez, 1995), **por cuanto está plagado de ambivalencias y contradicciones** en cada una de las dimensiones anteriores. Si hablamos de los efectos positivos sobre la dimensión física, debemos considerar que la práctica físicodeportiva es saludable si se dan una serie de condiciones. Fundamentalmente, cuando incide en la mejora de la condición física-salud, cuando se realiza en un entorno seguro (espacios, materiales, equipamientos...) y cuando su práctica se desarrolla con continuidad a lo largo de la vida de la persona. Desde el punto de vista psicológico, es el ejercicio aeróbico el que permite mejoras en situaciones de estrés, depresión, ansiedad o nerviosismo. Asimismo, es importante que los desafíos y habilidades puestos en juego sean semejantes, establecer

metas realistas, obtener información constante de los progresos y mantener la concentración en la práctica para que la experiencia deportiva sea realmente óptima. Y qué decir del desarrollo de habilidades sociales y valores morales. Quizá es en esta área donde surjan mayores problemas para identificar el deporte como una práctica positiva en la formación del carácter del ser humano y en la promoción de valores sociales democráticos.

La creencia tradicional nos hace pensar que de la participación en juegos y deportes surgen cualidades como la lealtad, la cooperación, el dominio de sí mismo o la fuerza de voluntad. Especialmente los deportes colectivos, pueden proporcionar situaciones formativas que favorezcan la igualdad, la tolerancia, la resolución de problemas en el seno del grupo. De hecho, se le reconoce su capacidad como elemento integrador de colectivos inmigrantes, como medio para enseñar responsabilidades a los jóvenes en riesgo, para la prevención y tratamiento de drogodependencias, recuperación social de barrios marginales o potenciador de diversas funciones en personas con discapacidad. Sin embargo, desde el punto de vista social y moral, también existen numerosas críticas que cuestionan los valores y las situaciones sociomotrices que se dan en la práctica y, especialmente, el modelo deportivo hegemónico proveniente del deporte competición. **El deporte puede ser una fuente de desarrollo de actitudes y conductas democráticas, pero también fomentar conflictos, violencia, segregación social, intolerancia y exclusión.** Y desde este punto de vista, si queremos defender el deporte como un elemento formativo y un medio para una socialización democrática efectiva, **debemos atender los mensajes que los distintos agentes socializadores están volcando sobre los niños y niñas en edad escolar, precisamente por ser una etapa especialmente sensible en la formación del carácter y la identidad.**

La naturaleza social del deporte y la construcción de la cultura deportiva.

El deporte es un producto, una construcción de los seres humanos. Su amplia extensión en la vida social hace que en muchas ocasiones asumamos su existencia apoyados en una especie de “naturalización”. Ciertamente es que la capacidad motriz del ser humano le viene desde sus orígenes y que existen referencias de actividades físicas desde la prehistoria. Danzas y rituales o las actividades propias para la subsistencia como la caza nos muestran el carácter “motriz” de la especie humana. Pero estas manifestaciones de la motricidad y otras muchas que podemos encontrar a lo largo de la historia distan en gran medida de lo que hoy entendemos por deporte. El deporte forma parte de lo que llamamos **cultura** definida como el sistema de creencias y valores, costumbres, conductas y artefactos compartidos que los miembros de una sociedad usan en interacción con ellos mismos y su mundo y que son transmitidos a través del aprendizaje. La cultura, pues, se compone tanto de elementos tangibles (objetos, obras, tecnologías...) como intangibles (creencias, ideas, valores...), elementos que se aprenden y que están en constante revisión. El binomio sociedad - cultura es indisoluble, si bien la sociedad es un concepto más amplio. Ambas tienen a su vez una relación íntima con el propio hombre, ya que la sociedad a través del proceso de socialización permite que éste adquiera una serie de pautas culturales determinadas, pero manifestadas a través de su propia personalidad. No obstante, todo este proceso es dinámico, cambiante tanto en uno como en otro sentido. El dinamismo del entramado cultural, esto es, su posibilidad de cambio es fundamental a la hora de enfrentarnos al fenómeno deportivo desde una perspectiva crítica. En otras palabras, en

contra de una visión biologicista y determinista, creo necesario reivindicar que la característica propia de los seres humanos y, posiblemente, la que más nos diferencia de otras especies, es la capacidad para decidir, elegir y transformar la realidad y a nosotros mismos.

Si confiamos a ciegas en los efectos positivos del deporte sobre el desarrollo integral del ser humano sin un plan preestablecido sobre qué tipo de seres humanos queremos formar, qué tipo de sociedad pretendemos construir y cuáles deben ser los valores que contribuyan a la cohesión y al progreso moral, podemos encontrar unos resultados paradójicos, cuando no seriamente contradictorios. Y la única forma de garantizar dichos planes es la actuación desde los diferentes ámbitos de responsabilidad hacia un objetivo común: la socialización democrática.

La socialización a través de la práctica deportiva

Podemos hablar de **socialización** como un proceso de aprendizaje durante toda la vida que capacita al ser humano para poder realizar determinadas funciones sociales. Se trata de aquellos mecanismos que dotan a las personas para desarrollar sus proyectos vitales en un marco social. Ello conlleva la adquisición de habilidades que favorezcan la vida con los otros. **A través de la socialización, vamos adquiriendo las pautas culturales hegemónicas de nuestro entorno**, tanto el más próximo e íntimo, como el más distante o macro, facilitado en nuestros días por la implosión tecnológica que vivimos.

Cualquier situación que implique la relación con otros constituye un **potencial socializador**. Y realmente tales situaciones son las que se nos presentan constantemente, pues aunque vemos la televisión o leemos un libro en soledad, estamos consumiendo trocitos de mundo, ideas y pensamientos de otros. **El deporte es** una de ellas. Existen muchas y diferentes formas de acercarse al deporte. Desde la posición de espectador, hasta las prácticas en el seno de un club. Desde las conversaciones de bar sobre los acontecimientos del fin de semana hasta la educación física en el contexto escolar. El deporte, como actividad social, engloba un amplio repertorio de símbolos, valores, normas y comportamientos que lo identifican y diferencian claramente de otras prácticas sociales. Pero la diferenciación de otras actividades no implica su separación del sistema sociocultural global. Quiero decir que si bien las situaciones sociales en el contexto deportivo tienen unas características propias, éstas no están al margen de los contornos de la sociedad sino dentro de ellas.

Aunque la socialización es un proceso que dura toda la vida, la socialización primaria, aquella que se produce en la infancia, es decisiva para la construcción de la identidad de los niños y niñas al ser un periodo en el que el ser humano puede ser especialmente influenciado. **La socialización en el deporte se lleva a cabo a través de tres agentes principales: la familia, la escuela y los medios de comunicación**. No obstante, existen otros elementos con un enorme impacto socializador como los amigos y compañeros y las propias organizaciones deportivas (clubes, federaciones, entrenadores). En un mundo tan complejo y dinámico como el actual, es difícil precisar el grado de influencia de cada agente socializador en la construcción de la cultura deportiva, por lo que es necesario asumir la participación de todos ellos. Desde las primeras edades, las personas se introducen en un campo de lo social, el deportivo, cuya dinámica produce y reproduce mensajes que generan unos determinados hábitos, emociones,

formas de pensar, en definitiva, una cultura dentro del **deporte que contribuye al desarrollo de su personalidad y de su forma de ver el mundo**. De forma muy simplificada, podemos establecer 4 etapas de socialización a través de la práctica deportiva:

Fase 1: Introducción en el campo deportivo: la primera relación con los valores culturales hegemónicos.

Fase 2: Iniciándose en la cultura deportiva: comienzo de la formación pedagógica en línea con los valores culturales hegemónicos.

Fase 3: El refuerzo de la cultura dominante: la confluencia de mensajes de los agentes de distinto nivel social.

Fase 4: La reproducción de la cultura dominante a través de la práctica social.

El proceso de socialización deportiva se inicia en la infancia. Los niños y niñas se introducen en el campo deportivo, que transmite mensajes como la competición, la búsqueda de progreso y la superación personal, pero también el ensalzamiento del éxito y la segregación, la meritocracia, la ambición desmesurada por el triunfo, la rivalidad y el enfrentamiento emocional o la visión del deporte como un campo donde lo masculino tiene más valor. Los primeros contactos con el deporte suelen ser en entornos de clubes, a través de los medios de comunicación y en la educación física escolar. La segunda fase conllevaría el inicio de la construcción de una visión del deporte por parte de los niños/as. Practicar o contemplar el deporte va configurando “realidades” en la conciencia de los participantes hasta el punto de naturalizar los valores culturales que se dan en los entornos deportivos. Tanto más cuando, en una tercera fase, dichos valores se ven reforzados por diferentes agentes sociales (entrenadores, padres, medios de comunicación...) que siguen legitimando ciertas ideas y usos en el deporte. Finalmente, entendemos la fase cuatro como el momento en que las personas ya han interiorizado estos valores deportivos y contribuyen a su reproducción mediante la práctica social en sus roles y ámbitos de actuación: entrenadores, profesores, padres, espectadores, periodistas...**Todo este proceso de socialización es dinámico** y, por tanto, cambiante. Más allá de una visión determinista debemos asumir que la característica propia de los seres humanos es su capacidad para decidir, elegir y renovar el mundo y a sí mismos. Y el primer paso para la transformación de la realidad es el análisis crítico de la misma. Para ello, es necesario atender a la evolución que el fenómeno del deporte ha sufrido desde sus inicios y cuestionar la idoneidad de aquellos valores de la cultura deportiva que predominan.

El origen del deporte y su evolución social

Las características de nuestra sociedad, el mundo tal cual lo conocemos es producto, sin duda, de una larga evolución histórica. Sin embargo, nuestro devenir está marcado por uno de los principales cambios históricos y sociales que se produjo alrededor de los siglos XVI y XVII, con el paso de las llamadas sociedades premodernas a las modernas. La modernidad supuso el inicio de una época que dejó atrás definitivamente muchas de las condiciones anteriores, y expandirá una serie de rasgos comunes, entre ellos: la industrialización, la división y

especialización del trabajo y el desarrollo de un sistema económico capitalista liberal, la evolución hacia un nuevo sistema político regulado por los estados-nación y la generalización de un modelo democrático de participación política considerado el más adecuado para maximizar los beneficios de la modernización. Junto a las condiciones estructurales de la sociedad, la modernidad aportó una nueva conciencia en el pensamiento del hombre, herencia del antropocentrismo iniciado en el Renacimiento. Se impone una visión humanística, centrada en las capacidades del ser humano que, a través de la ciencia y la razón, puede dar rienda suelta a sus ambiciones y anhelos de progreso constante. El alejamiento de las explicaciones religiosas consigue enfatizar las bondades de la razón humana, que nos libera de dogmas y verdades reveladas, para pasar a ser los únicos protagonistas y responsables de nuestro devenir. Es el triunfo de la Razón para la explicación no sólo de los fenómenos naturales, sino también sociales. La confianza del hombre en sí mismo genera tal expectativa, que se cree capaz de un acercamiento definitivo a la felicidad, la justicia, la comprensión del mundo y del yo, y el progreso moral. Además del espíritu económico capitalista, en la modernidad se extienden una serie de valores que acentúan la individualidad y la responsabilidad, promueven actuaciones racionales, planificadas y calculadas, fomentan el éxito, la eficacia, la disciplina y el esfuerzo. La racionalización de la sociedad implica un proceso mediante el cual la vida social se organiza siguiendo principios abstractos, basados en el cálculo, la eficiencia, la predictibilidad y el control del mundo físico y social. El deporte, como actividad reglamentada y sistematizada, tiene sus orígenes en este contexto de la modernidad. Concretamente, **la Inglaterra del siglo XIX fue el escenario de aparición del deporte moderno en plena expansión de la sociedad industrial**. Mandell (1986) considera que el espíritu emprendedor, de búsqueda del éxito, el cálculo y la eficiencia, propios de la ética protestante y de la industrialización, son los factores que se exportan a los juegos y acaban impregnando la práctica deportiva. Para Elias (1992) el deporte vino a cumplir una función de control social al convertirse en una actividad recreativa mimética de los combates y las batallas, eliminando los riesgos al dotar a la práctica de una serie de reglas que limitaban el uso de la violencia y salvaguardaban la integridad física de los contendientes. Para Brohm (1993), el deporte es una respuesta a las necesidades del modo capitalista de producción y contribuye a la reproducción ideológica de las formas de conducta, valores y estatus que se dan en las relaciones de producción y en el orden social dominante.


Por su parte Bourdieu (1993) explica la génesis del deporte a partir de las necesidades educativas de las clases sociales dominantes en el seno de las Public Schools inglesas, instituciones educativas masculinas de la aristocracia y de la alta burguesía. El deporte se utiliza como una forma de aumentar el coraje, desarrollar el carácter, de inculcar la voluntad de ganar, de la necesidad del esfuerzo y del entrenamiento sistemático para conseguir las metas. Todos ellos son valores y conductas propias de las clases dominantes que se transmiten a los hijos a través de la educación con el fin de mantener el orden social establecido. Por otro lado, es necesario recordar que, el deporte moderno surgió como una práctica de clase en un contexto de claro dominio masculino, no en vano estaba prohibido para las mujeres, e incluso Coubertin, el fundador de los Juegos Olímpicos modernos les otorgaba únicamente la función de coronar al vencedor. La relación de la mujer con la actividad física y el deporte ha estado mediatizada por las concepciones biológicas sobre el cuerpo femenino, su supuesta inferioridad respecto al de los hombres así como la idea de protegerlo para llevar a buen puerto su fin biológico, la maternidad (Vázquez, 2001). A partir de ahí las desigualdades se resaltan a través de una cultura que justifica diferentes modos de vida entre hombres y mujeres, siendo ellas las responsables del cuidado de los hijos y de las tareas domésticas, limitando, de este modo, su acceso al deporte vigoroso y de competición. El deporte, según

Hargreaves (1993) constituye un proceso de legitimación de la hegemonía masculina, un foco simbólico del poder masculino. En conclusión, **el deporte, como la mayoría de ocios, inicialmente se desarrolla en el seno de las clases altas y poderosas** que son las que tienen suficiente poder adquisitivo y tiempo libre. La práctica deportiva supone un ocio racional, metódico **y estructurado por una serie de reglas y un código cultural basado en el honor y el juego limpio**. Además, para la consecución del éxito es necesario un entrenamiento planificado, sistemático y grandes dosis de pundonor y esfuerzo. Se trata, pues, de una actividad ideal para transmitir los **valores de la clase dominante**, el dominio masculino y el espíritu racional capitalista. La extensión del deporte a las masas se hace de acuerdo con las prescripciones que las clases altas han ideado para su práctica, a través de **estructuras jerarquizadas y burocratizadas**, como los clubes y las federaciones. Al convertirse en una poderosa arma para la movilidad social y para conseguir prestigio y reconocimiento, aumenta la práctica entre las clases bajas y medias que, con la progresiva profesionalización del deporte, entran en la estructura que regula las competiciones deportivas, como organizadores, practicantes o espectadores. **La respuesta positiva de la población ante la espectacularidad de los eventos deportivos convierte el deporte profesional en un importante escaparate apetecible para intereses ideológicos, culturales, económicos y políticos**. Las clases altas siguen manteniendo su distinción de las masas al dedicarse a modalidades deportivas más selectivas a las que las clases bajas no tienen acceso. De este modo, el deporte moderno que sigue siendo una de las más importantes manifestaciones en el mundo, es un ocio accesible a las masas, ya sea como practicantes ya sea como espectadores, tremendamente mercantilizado y politizado, que, aunque en continuo proceso de democratización, continúa siendo un campo de distinción y desigualdad social.

¿Cuál es la sociedad que queremos? valores y deporte

Ante esta pregunta quizá podríamos obtener muchas y diferentes respuestas. Sin embargo, creo que podría ser una idea común a todos los seres humanos, pensar en una sociedad que permita el desarrollo de nuestro potencial, en un marco que garantice nuestra dignidad como personas, respeto a la diversidad, igualdad de oportunidades... Como plantea Marina (2004), vivir puede considerarse un ejercicio puramente biológico, una función espontánea. Pero lo que todos realmente queremos es vivir bien, por lo que, más allá de formas particulares de ver el mundo, creo que todos aspiramos a ser felices, tener salud y ser considerados dignamente. Si tuviera que elegir un pilar básico, éste sería la felicidad, entendida como un estado de bienestar global, optimismo y ganas de vivir y experimentar gracias a la ampliación de nuestras posibilidades. Evidentemente, estas grandes motivaciones personales del ser humano se desarrollan en sociedad, no sólo porque nacemos en su seno, sino porque es a través de las relaciones sociales como aprendemos la cultura, nos comunicamos, crecemos en compañía y por reflejo de los otros. No obstante, hemos de asumir la vulnerabilidad tanto del ser humano como del medio físico y social. Nuestro cuerpo es frágil, nuestra mente está presionada por expectativas y exigencias. El medio ambiente es precario, no disponemos de recursos ilimitados. Por todo ello, vivir y convivir bien implica un esfuerzo por el cuidado de uno mismo, de los otros y de nuestro medio. Sin duda, estos fines recalcan de forma directa en los llamados valores, en las cuestiones que priorizamos o le damos más o menos importancia a lo largo de

nuestra vida. Vivir implica una tarea de autoconocimiento y conocimiento de los otros y del entorno. Vivir bien requiere desarrollar las capacidades humanas que se necesitan para los retos que nos esperan: el razonamiento y la memoria, la imaginación, la habilidad física, cognitiva y afectiva, la independencia de juicio, el sentido de la responsabilidad, la cooperación, el autocontrol, la perseverancia, el entusiasmo, la motivación. Y, en un marco social, necesitamos situaciones que garanticen estas posibilidades, que permitan expresarnos en nuestra diversidad (género, raza, clase o capacidades motrices, intelectuales...), que nos permitan participar en las decisiones, que nos estimulen a resolver pacíficamente los conflictos, que nos dejen expresar nuestras emociones y aprender de ello. **¿Es el deporte un buen vehículo para desarrollar valores deseables, para crear micro-sociedades que transmitan una cultura democrática y de desarrollo personal?** Yo respondería, depende. El deporte en sí no es más o menos positivo que cualquier otra situación social. Es más importante el cómo que el qué. En la figura 3 podemos observar la dialéctica de la cultura deportiva. Propongo un ejercicio. Cada valor tiene su contrario en el esquema. En primer lugar, define situaciones concretas de cada pareja de valores, por ejemplo de igualdad y desigualdad. Piensa en situaciones que has vivido en el deporte escolar, y verás como encontrarás experiencias en uno y otro sentido.

VALORES POSITIVOS		VALORES NEGATIVOS
IGUALDAD COOPERACIÓN LEALTAD INTEGRACIÓN TOLERANCIA LIBERTAD AUTONOMÍA DIÁLOGO ACEPTACIÓN DE DIFERENCIA JUSTICIA SOLIDARIDAD CONVIVENCIA	 SITUACIONES SOCIOMOTRICES	DESIGUALDAD COMPETICIÓN DESLEALTAD DISCRIMINACIÓN INTOLERANCIA DEPENDENCIA REPULSA DEL OTRO RECHAZO DE LA DIFERENCIA INJUSTICIA EGOÍSMO CONFLICTOS VIOLENTOS

La socialización a través del deporte se produce por medio de los mensajes que son transmitidos desde diferentes focos sociales. Así, en una sociedad compleja donde existen innumerables estímulos y fuentes de información, considero que la responsabilidad es compartida. Es habitual señalar determinados agentes como los “villanos” en este juego socializador, críticas que son vertidas usualmente desde otros sectores igualmente implicados. Desde la escuela se critica la falta de implicación de los padres en la educación de sus hijos/as, mientras las familias dirigen sus miradas a los profesionales de la enseñanza. Los profesores de educación física se quejan de la falta de apoyo social al deporte, cuando en sus prácticas siguen reproduciendo modelos segregadores. El entorno competitivo, clubes, federaciones, entrenadores... no se sienten competentes para llevar a cabo una labor educativa, entre otras cosas, porque ellos son técnicos que enseñan un deporte. Y los medios de comunicación se rigen por los valores del mercado y la tiranía de las audiencias, sacando a la luz la versión espectáculo del fenómeno deportivo y desatendiendo otras labores más formativas. En mi

opinión, la experiencia deportiva de niños y niñas, muchas veces sigue estando muy lejos de la transmisión de valores democráticos. Mensajes que son reproducidos por muchos agentes sociales diferentes, que interactúan y se complementan aportando una visión global del deporte que se aparta de nuestros objetivos formativos. De manera concreta, analizaré los siguientes tópicos: Competición, éxito y segregación / Emoción tribal y violencia.

Competición, éxito y segregación

El acto deportivo, tal cual está concebido, es un enfrentamiento agonístico, una competición estructurada de acuerdo con determinadas reglas, donde existe un ganador y un perdedor. Y en esta situación sociomotriz, necesitamos cuestionar hasta qué punto la práctica deportiva proporciona unos medios adecuados para la educación humanista y democrática. El carácter competitivo del deporte no tendría por qué perjudicar el desarrollo moral de los contendientes si lo utilizáramos como un medio y no como un fin. Valores como el esfuerzo, la disciplina, el intento por mejorar y superarse a sí mismo no tienen por qué entrar en contradicción con otros como la solidaridad, el respeto, la tolerancia o la igualdad. Pero, para conseguir fusionar ambas tendencias valorativas en una misma experiencia es necesaria una intervención efectiva, puesto que **los mensajes sociales que bombardean a niños y niñas focalizan hacia la excelencia y la superioridad sobre los otros, lo cual produce inevitablemente segregación y discriminación de los menos dotados**. El deporte escolar está construido como una mimesis del modelo deportivo de competición. No en vano, la principal actuación de las organizaciones deportivas se basa en el diseño de competiciones municipales, provinciales, autonómicas y nacionales. La mayoría de los escolares que practican deporte lo hacen a través de clubes que forman parte de las respectivas delegaciones federativas. El contexto competitivo sustentado por las federaciones no dedica esfuerzo a la promoción de valores y hábitos deseables en ninguna de sus posibles acciones. Desde el punto de vista organizativo, las competiciones son estructuradas bajo criterios de selección y exaltación del éxito. No existen intentos para crear experiencias de convivencia al margen de los propios enfrentamientos en la cancha. Tampoco se tienen en cuenta otros criterios pedagógicos tanto en el reglamento y normativa de competición, como en la formación de técnicos y árbitros. **De este modo, todos los protagonistas asumen un papel mimético del deporte profesional**: los niños y niñas emulan las grandes figuras deportivas y los comportamientos poco “deportivos”; los entrenadores no se consideran educadores y dirigen sus equipos o sus deportistas hacia la búsqueda de resultados y la extracción del máximo rendimiento, renunciando a la promoción de valores como la igualdad, el compañerismo o la solidaridad; los árbitros tampoco cumplen un papel educador, sino sancionador. Y los padres, ¡ay los padres! Son los más forofos, los más interesados en el éxito de sus hijos/as, proyectando sus deseos y frustraciones, cuando no transmitiendo una presión insoportable. En el año 2005, el 63% de los españoles declaró que le gustaría que su hijo/a se dedicara al deporte profesional o de alta competición (García Ferrando, 2006). Sin embargo, en mi opinión sin estos mecanismos de tensión generados alrededor de una mera contienda deportiva, los niños y niñas practicarían deporte por el mero placer de hacerlo, por divertirse y compartir una experiencia con amigos/as. No parece aceptable continuar produciendo un deporte para niños y niñas basado en el modelo competitivo sobre todo cuando, si tomamos el ejemplo del fútbol, sólo el 3% de los niños se dedicarán al deporte profesional (Gutiérrez del Pozo, 2006).

La experiencia práctica real del deporte en edad escolar es más que cuestionable como medio de educación en valores y promoción de actitudes democráticas. Pero, como siempre, no existe un solo responsable de tal situación. La vivencia en el seno de los clubes deportivos al amparo organizativo de las federaciones es retroalimentada por la acción de la familia, los grupos de iguales, los propios profesores de educación física y, por supuesto, los medios de comunicación. Haciendo un examen de conciencia, es patente que la Educación Física escolar mantiene un enfoque de excelencia físicomotriz y de discriminación. Aún se siguen utilizando las pruebas y baterías de test de condición física y de habilidades motrices como medio de evaluación y calificación de los alumnos/as. Diversos estudios ponen de manifiesto que hay una tendencia inconsciente en el profesorado a preocuparse menos de aquellos alumnos/as que considera de menor nivel físico o motriz y más de los más dotados. De este modo, el refuerzo positivo o negativo según el caso puede contribuir a que, de hecho, esta “profecía” se cumpla, con la consiguiente consecuencia en la definición del autoconcepto, de la autocompetencia y la autoestima. Esta reproducción de la “excelencia” en las clases de EF bien podría explicarse en similares términos a los aportados anteriormente para el mantenimiento de estereotipos de género. Concretamente, recuerdo que durante mis estudios de EF en la universidad aquellos alumnos/as que habían realizado mejores marcas en las pruebas físicas solían jactarse de sus mejores condiciones, e incluso criticaban que la nota de selectividad impidiera el acceso a grandes deportistas. Durante toda la carrera se mantuvo esa cultura deportiva de éxito asociado a las capacidades físicas y motrices, olvidando que el profesorado no tiene que ser un deportista de élite, sino un mediador pedagógico. No es de extrañar, entonces, que el profesorado de EF en su ejercicio profesional reproduzca estos valores. Los medios de comunicación, por su parte, colaboran en el fomento de valores de éxito y meritocracia en el deporte: “el periodismo deportivo contribuye como ningún otro elemento a preservar e incluso amplificar la ilusión básica del espectador deportivo: que el resultado del juego importa (Durán, García y Latiesa, 1998: 208). **El deporte profesional, espejo en el que se miran muchos niños y niñas, proporciona un modelo ético en el que lo más importante es ganar, aún a costa de injusticias o vulneraciones del reglamento.** Recuerdo las declaraciones de Iker Casillas, portero del Real Madrid de fútbol, ante la última jornada de liga en la que su equipo necesitaba ganar para conseguir el trofeo. Decía algo así como “no me importaría ganar en el último minuto y de penalty injusto”. Por supuesto, en un mundo deportivo en el que los clubes son pequeñas empresas parece normal que los resultados manden. El problema es el posible calado de esta visión profesionalizada del deporte en niños y niñas cuando, además, el resto de agentes sociales también reproducen esta perspectiva. Y bien que cala entre los más jóvenes sobre todo cuando se refuerzan actitudes de engaño o trampa, es decir, de “juego sucio”, si es por el bien del equipo o sea si es para ganar. Recuerdo vagamente ahora un comentario televisivo en un partido de fútbol de niños, creo que de categoría infantil. Uno de los jugadores se deja caer en el área después de un leve contacto, consiguiendo engañar al árbitro que señala penalti. El comentarista exclama con entusiasmo: ¡qué inteligente ha sido, ha notado el contacto, simulado una caída y ha conseguido una situación favorable para su equipo! Claro, para ganar un torneo infantil! Qué exhibición de madurez futbolística cuando lo que en realidad está sucediendo es una vulneración del reglamento, una burla del código deportivo.

Gutiérrez (1995) observó empíricamente **que los programas infantiles de contenido deportivo suelen reproducir esta visión del deporte espectáculo:** “imágenes y consignas orientadas al éxito, la rivalidad, el triunfo, la ambición, el poder y el sacrificio por encima de todo, incluso de la propia salud” (p. 199). El análisis de las series “Oliver y Benji” y “Juana y Sergio” mostró que

“en pocas ocasiones se nos permite contemplar una imagen en la que se resalte lo bien que se lo han pasado los niños/as jugando, lo satisfechos que están de haber encontrado un nuevo amigo/a, ya que si pretenden formar parte del equipo no es tanto por su relación con los amigos sino por la posibilidad que se les ofrece de participar en los campeonatos mundiales” (p. 199). Tampoco, continúa Gutiérrez, aparecen “imágenes y escenas que muestren a los niños y niñas en su ambiente natural, con sus relaciones familiares, escolares y sociales en general, con sus problemas y alegrías, aspectos que podrían haber aportado una imagen más real de los protagonistas [...] Por el contrario, los jugadores y jugadoras son presentados como entes artificiales, desarraigados de su propio ambiente” (p. 199). Como plantea Álvarez (2001) al respecto de la transmisión de valores por parte de los medios de comunicación, si bien se habla de juego limpio, cooperación, salud, lo cierto es que se hace como valores de signo recesivo, es decir, que no consiguen superar el arraigo de otros principios de éxito: “la esencia que domina el cosmos deportivo transformada en ideología es la meritocracia, la cual comporta la evaluación de la productividad. El rendimiento se presenta como uno de los valores de representación más sólidos [...] como una aplicación de un control racional del cuerpo que es la base del deporte moderno. Ello se traduce en el análisis del deporte donde priman las estadísticas, la santificación de lo numérico, la búsqueda de errores, la instauración del récord, el número convertido en fetiche” (Álvarez, 2001: 261). En tales circunstancias, ¿es la experiencia deportiva coherente con una socialización humanista y democrática? **¿Son los modelos deportivos cuyos valores son la cuantificación del éxito, la exaltación de los mejores y la jerarquización meritocrática una buena referencia para la educación de nuestros niños y niñas?**

Emoción tribal y violencia

En el acto deportivo, el deseo de victoria y el miedo a la derrota desata una gran tensión emocional. De hecho, para que se mantenga el interés por la competición deportiva es necesario que exista esta implicación. Entre los deportistas y entre los seguidores por supuesto. Los reglamentos deportivos son los preceptos normativos que dirigen la competición hacia el fin último de la victoria (p.e. en baloncesto está prohibido encestar en la propia canasta, es decir, “dejarse perder”). Y cuanto mayor emoción y dramatismo en el resultado se presenta en un deporte, mayor es su seguimiento. Evidentemente, esta característica del juego deportivo es bien utilizada en el despliegue de su faceta espectáculo, por cuanto es absolutamente necesario preservar e incluso aumentar la ilusión del espectador de que el resultado de la competición es muy importante (García Ferrando, 2001). De este modo, tanto el practicante como el aficionado se sienten atraídos por la competición decantándose hacia un equipo o deportista con el que se establece un proceso de identificación.

Como defiende Dunning (2001), “en los acontecimientos deportivos, para que los engranajes de la pasión funcionen bien, uno tiene que estar comprometido con querer ganar. Como participante directo uno tiene que querer ganar porque sí, porque está en juego la propia identidad individual, y como espectador, uno tiene que desear la victoria porque se identifica con el héroe adorado individual o porque se identifica con uno de los equipos que compiten” (p. 155). **El problema surge cuando se desata una emoción incontrolada, irracional y la lucha simbólica de la práctica deportiva se convierte en una expresión de violencia real.** Cualquier aficionado al deporte ha podido contemplar cómo la defensa emotiva de unos colores ha dado paso a un enfrentamiento violento entre aficionados, que algunas veces acaba con resultados

dramáticos. En estos momentos, los detractores del deporte como fenómeno social encuentran suficientes argumentos para defenestrarlo y tacharlo de irracional, primitivo y poco educativo. Si bien es cierto que estas manifestaciones más deplorables no son representativas de toda la cultura deportiva, no es menos cierto que, como siempre, muchos agentes sociales contribuyen a esta imagen del deporte a través de sus mensajes. Como plantea Barbero (2001), la emoción tribal y primitiva no crece espontáneamente, sino que es estimulada por diferentes intereses públicos y privados, fomentada por gobernantes, empresarios, medios de comunicación, instituciones deportivas y educativas, periodistas y hasta los padres y las madres. Por tanto, lejos de buscar responsables directos bien podríamos asumir la parte de responsabilidad que a cada uno nos toca. **Los medios de comunicación, en su lucha particular por ganar audiencias, fomentan procesos de identificación colectiva bañados en la exaltación emocional.** Es difícil participar o ver un acontecimiento deportivo sin decantarse hacia alguno de los contendientes. Si el medio es local o si el torneo es internacional siempre prima la supuesta obligación de apoyar a los “nuestros” (Barbero, 2001). Y este proceso de definición de “nosotros” y “ellos” bien puede considerarse una forma de cohesión y a la vez de exclusión. Valgan algunos mensajes al respecto en la Eurocopa de fútbol de naciones de 1996 celebrada en Inglaterra: “La guerra del fútbol se ha declarado” “El fútbol inglés ha sido de nuevo una fuente de orgullo, de gloria y de esperanza nacional “El ejército escocés ha invadido la capital” “fueron pasados por la espada” (En García Ferrando, 2001: 175-176) Así pues, los procesos de identificación, el nacionalismo, el etnocentrismo y lo patriótico cobran relevancia y se ven favorecidos por los propios conductores y periodistas que utilizan un lenguaje belicista que en algunas ocasiones roza la apología a la violencia (Álvarez, 2001). Además, los temas convertidos en noticia están aderezados por la confrontación y por todos aquellos elementos que pueden provocar rivalidades y antipatías. “El conflicto se localiza en la base de las informaciones, así como el lenguaje bélico, favorecedor de la exposición emotiva, las descripciones conmovedoras y la creación de ídolos” (Álvarez, 2001: 257). Es evidente que el carácter negativo y conflictivo de las noticias y retransmisiones deportivas tiene más audiencia, pues la oposición atrae más que la cooperación. Cuanto mayor dramatismo se infunde a un enfrentamiento, más expectativas se generan y mayor carga emocional se consigue.

Es por ello que los medios, a menudo, prolongan intencionadamente los momentos antes y después de los acontecimientos deportivos pues así contribuyen más a “caldear” el ambiente (Barbero, 2001). En cualquier caso, la emoción tribal es irracional y excluyente. Diversos estudios psicosociales han mostrado la influencia positiva de la exposición a la violencia en los medios de comunicación sobre conductas y actitudes agresivas. Cuando de espectáculos deportivos se refiere, no considero exactamente actos violentos lo que podemos ver, aunque en ocasiones se llega a tales enfrentamientos, pero sí una excitación sobredimensionada que, sumada a otras muchas y diversas causas, puede provocar conductas agresivas. No en vano, una excitación emocional incontrolada puede aumentar la respuesta agresiva consecuencia de la frustración o la provocación, incluso cuando la exposición a aquello que nos ha generado excitación se ha producido antes del comportamiento agresivo. Tanto más probable, pues, es que aparezca una conducta agresiva durante el estado emocional elevado. De hecho, los niveles de activación emocional influyen en nuestra capacidad racional, en nuestros pensamientos sobre el comportamiento de los demás y en nuestras tendencias a agredirlos. Mensajes como “hay que machacarles” “me siento orgulloso de ser de este equipo”, “el viejo enemigo fue derrotado” y otros muchos que constantemente vuelcan los medios de comunicación, por no hablar de otros más xenófobos o belicosos, contribuyen a crear un clima

de conflicto alrededor de la contienda deportiva que pueden incidir en un mayor índice de violencia. Como escribía hace unos años Sánchez Ferlosio en el periódico: “El antagonismo de la pura otredad es la base de las identidades nacionales [...] Por eso digo... que el fútbol como espectáculo de masas es intrínsecamente fascista y puede llegar a serlo extrínsecamente [...] El fútbol de masas satisface la perversa necesidad psicológica de tener enemigo, como fundamento de identidad, porque proporciona la satisfacción de la autoafirmación antagónica colectiva en su forma más pura [...] nos proporciona otro elemento fascista: el líder carismático ante la multitud fanáticamente incondicional” (En Barbero, 2001: 133).

Dunning (2001) analiza el fenómeno del gamberrismo en el fútbol. En su opinión, la violencia en el deporte no es sólo producto de la intensidad de la competición o de la trascendencia del resultado en el deporte profesional, sino también de las estructuras y valores patriarcales, es decir, de las normas de masculinidad y el concepto de lo que es “ser hombre”. De hecho, el fútbol es un deporte que invita a comportamientos patriarcales de lucha porque el juego en sí es una lucha. No obstante la gravedad de la violencia en los aficionados al fútbol varía de unas clases sociales (siendo mayor en la clase baja) y en otros subgrupos dependiendo de los niveles de civilización y/o de identificación con los equipos respectivos. En opinión de Dunning, existen dos tipos de violencia: uno que surge espontáneamente consecuencia de los niveles altos de excitación y otro que es premeditado, donde están implicados grupos más o menos identificados. Para Dunning, la propaganda no intencionada de los medios de comunicación funciona muchas veces como reclamo para la introducción en el fútbol de grupos violentos y radicales que utilizan el acontecimiento deportivo como plataforma para enfrentamientos cruentos. ¿Y cuál es la intervención del resto de agentes con respecto a la emoción en el acto deportivo? Usualmente es reforzada. Si observamos cualquier acontecimiento deportivo de niños o niñas, existe un fuerte sentimiento de identidad y búsqueda de éxito.

En torno al modelo competitivo auspiciado por las instituciones deportivas, se fomenta la implicación emocional hasta el punto de encontrarnos con no pocas situaciones que podríamos calificar de violentas entre los deportistas. **La actitud de los entrenadores de niños y niñas en edad escolar, ya comentada en varios apartados, estimula también el deseo por éxito y la exaltación del triunfo.** Se busca intencionalmente que los participantes eleven su nivel de excitación, **lo cual lleva en muchas ocasiones a actitudes y conductas no precisamente limpias.** Hace unas semanas presencié un partido de fútbol de categoría infantil en el que uno de los entrenadores cambió a un jugador porque no tenía la tensión necesaria, traducido al lenguaje coloquial del susodicho, “porque no daba patadas”. Y, en ese mismo partido, padres y madres vociferaban continuamente, con unos niveles de excitación un tanto desproporcionados dada la escasa trascendencia de la competición, presionando a sus hijos, desacreditando a los contrarios, e incluso llegando a las manos con el árbitro por no estar de acuerdo con sus decisiones. A ver quién le explica a estos padres que no están viendo la final de la Champions League, que flaco favor le están haciendo a sus hijos a los que en muchas ocasiones les impiden disfrutar de forma natural de una situación lúdica y que, sin querer espero, están fomentando unas actitudes y comportamientos poco tolerantes. Claro, es que el partido era muy importante porque entre este equipo y el otro hay mucha rivalidad. Pueden creerlo. ¿Puede existir rivalidad entre niños de 10 años sin la intervención de los mayores y sin el clima de tensión que genera el entorno? En el entorno de la educación física parece que el tema de la violencia en el deporte es repudiado pero no creo que esté siendo suficientemente examinado. Desde la escuela también se estimula la implicación emocional y el deseo de la victoria y el éxito, tal y como antes comentaba. La competencia y la rivalidad deben dejar paso a la cooperación y la solidaridad en todas las circunstancias sociomotrices de los niños y niñas.

La contribución de la EF a la configuración de una cultura deportiva menos agresiva y violenta pasa, pues, por trasladar los discursos políticamente correctos a las acciones educativas, proporcionando situaciones en las que niños y niñas compartan objetivos, se sientan incluidos en lugar de excluidos y se relativice todo lo que acontece alrededor del hecho deportivo, especialmente, el resultado. Hasta aquí un somero repaso de algunos mensajes del deporte contemporáneo que rodean la experiencia físicodeportiva de niños y niñas. Pero otros muchos se han quedado en el tintero que sería necesario igualmente analizar. La desigualdad de género, el “olvido” de las minorías étnicas, el supuesto apoliticismo del deporte, los efectos de la globalización y la transculturización... En cualquier caso, valga lo que aquí he presentado al menos para cuestionar por qué está legitimada esta perspectiva del deporte. Hemos visto cómo, por un lado, existe una legitimación que podríamos llamar “objetiva” que proviene de las estructuras sociales (instituciones, organismos, leyes...), pero por otro, encontramos una legitimación “subjetiva” de todos y cada uno de nosotros que es la consecuencia del aprendizaje de un habitus, de una cultura deportiva, de una forma de ver el mundo a través del fenómeno deportivo que mantiene tópicos y estereotipos de desigualdad, elitismo y exclusión.

Del entrenamiento a la educación deportiva: de los fines competitivos a los fines educativos y recreativos

A pesar de las objeciones que vengo denunciando, sigo creyendo fervientemente en las potencialidades del deporte como medio para una transformación social o, al menos, como experiencia moral formativa con gran calado en la infancia. Pero para ello, todos los agentes sociales deberían invertir los fines del deporte, empezando por analizarse a uno mismo, en qué creo, qué siento, qué deseo para la sociedad y para los niños y niñas. Así, plantearse el cambio social implica la definición de las metas que se consideran más adecuadas para el máximo desarrollo individual de las personas, en el marco de un proyecto social que favorezca la prosperidad y la calidad de vida. En este sentido, desarrollo personal y social se presentan como dos caras de un mismo proyecto vital, por cuanto considero que la plenitud individual sólo puede conseguirse dentro de los contornos de una sociedad plenamente igualitaria y plural, siendo la democracia la organización sociopolítica que mejor puede cumplir dichos fines. Ahora bien, transformar la sociedad a través la práctica deportiva implica, en primer lugar, cambiar aquellos valores de la cultura deportiva no coherentes con nuestro fin. Si la democracia es el mejor sistema social para el desarrollo humanístico, debemos potenciar y ejercer los valores de igualdad, tolerancia, cooperación, integración y justicia en cada uno de los ámbitos en los que desarrollamos nuestra vida cotidiana; en nuestro trabajo, en las relaciones sociales y familiares y, cómo no, en el deporte. Por tanto, debemos construir una cultura deportiva dentro de los contornos de la cultura democrática, sin traicionar los principios básicos del sistema sociocultural más global en el que está incluida. El ocio deportivo será un elemento útil para la transformación cuando se transforme a sí mismo. Los niños, ante el fenómeno deportivo, pueden desempeñar diferentes roles, que Velázquez (2004) resume en cuatro: practicante, espectador, consumidor y ciudadano. Evidentemente, como el propio Velázquez plantea considerar el deporte como medio de transformación social requiere asumir

su influencia en la construcción de la ciudadanía en el más alto nivel jerárquico, que puede expresarse en el ejercicio de cualquiera de los otros roles.

Considerando el deporte de una manera amplia, hemos constatado la influencia de múltiples agentes en la construcción y transmisión de la cultura deportiva. Sin duda creo que la educación es la vía de intervención más directa y plausible, lo cual nos llevaría a plantear un ocio desde la infancia que abandonara los preceptos de la clásica iniciación deportiva y los sustituyera por los principios de lo que Velázquez (2004) define como “educación deportiva”: *... la educación deportiva tiene como objeto la formación de los alumnos y las alumnas como miembros de la ciudadanía, capaz tanto de vivir con autonomía y responsabilidad en el ámbito de la cultura deportiva, participando y disfrutando plenamente de ella, como de comprometerse de forma activa y crítica en la construcción y desarrollo de dicha cultura, en la sociedad democrática y sus valores* (Velázquez, 2004: 186).

El énfasis en la educación por encima del propio deporte es toda una declaración de intenciones. El cambio de la cultura deportiva será más efectivo si actuamos hoy sobre los que serán adultos mañana. Para ello, la educación deportiva exige la participación de los adultos en el marco del tiempo libre, utilizando las actividades propuestas como un medio de educación en los valores democráticos, y facilitar su transferencia a otros ámbitos de la vida social. Pero también es necesario contemplar desde una perspectiva crítica cómo contribuyen otros medios no específicos del ocio (por ejemplo, los medios de comunicación o la escuela) al desarrollo y difusión de la cultura deportiva. El ocio, y en particular el deporte, es un marco ideal para la formación humanística por sus características propias que lo diferencian de otras áreas más constreñidas socialmente. El ejercicio de la libertad y la autonomía, la expresión de la identidad y el desarrollo de la personalidad y el disfrute, son oportunidades para la creación de valores socialmente deseables. Por ello, cualquier intervención del adulto en el deporte de los niños y jóvenes debe reconocer y llevar a la práctica estos principios básicos. Se trata, pues, de definir las relaciones que se dan en las situaciones del ocio deportivo entre el educador y los educandos, tratando de conciliar la autonomía y la espontaneidad del participante, con la acción formativa propuesta por el educador. En definitiva, hacer partícipes a niños y niñas en el desarrollo de la práctica deportiva, escuchando sus intereses, respetando sus ritmos, atendiendo sus inquietudes y estados de ánimo. Una segunda premisa de la intervención pedagógica sería **determinar cuáles serían esos valores sociales positivos a fomentar y el análisis crítico de los negativos.** Por tanto, recordando los planteamientos de Velázquez (2004) que recogí en la figura 4, la educación para la ciudadanía se erige como el eje vertebrador de todo el proceso educativo. Esta propuesta necesita ser concretada en la práctica a través de situaciones en las que se estimule la cooperación, la igualdad, la tolerancia y la actitud pacífica, la solidaridad, la interculturalidad, la justicia, la inclusión y el respeto a la diferencia. Propuesta que debe completarse con la reflexión crítica sobre los mensajes e imágenes del deporte en otros ámbitos, especialmente en su faceta de espectáculo, así como en los actos de consumo. Estos serían los objetivos del deporte en edad escolar, por encima de finalidades eminentemente técnicas, si bien son dichas situaciones sociomotrices particulares del deporte las plataformas desde las que cumplir con tales fines.

Estos dos principios, respeto a los elementos configuradores del ocio y el fomento de valores sociales democráticos deben orientar cualquier acción educativa, inundar la esfera del deporte escolar y mantenerse presentes en la programación y selección de actividades, elección de espacios y recursos, y en el establecimiento de los sistemas de comunicación e interacción entre todos los participantes. De este modo, colaboraremos a la creación autónoma por parte

de los educandos de un proyecto vital personal dentro del marco del proyecto social que deseamos, y el deporte contribuirá a elevar los grandes pilares de la ciudadanía democrática activa.

REFLEXIÓN FINAL

Hasta aquí esta reflexión sobre los valores en el deporte, y la apuesta por una educación deportiva. Sin embargo, estas soluciones propuestas no suelen ser fácilmente aceptadas y transferidas a la práctica diaria, pues en ocasiones los profesionales implicados en el trabajo con niños y niñas las perciben descontextualizadas, difíciles de aplicar y con un exceso de trabajo por su parte. O manifiestan no ser educadores (especialmente en el ámbito de los clubes deportivos) ni moralizadores, olvidando que la ética y la moral forma parte de los asuntos humanos pues orientan al bien las acciones cotidianas de las personas como miembros de una sociedad y son necesarias para gozar plenamente de las capacidades humanas. En todo caso, tampoco funcionarán modelos educadores si continuamente se ven contrarrestados cuando no enfrentados por los mensajes de otros ambientes deportivos como el deporte espectáculo tan difundido por los medios de comunicación. Por tanto, la educación en valores que viene predicándose desde años, aún peca de un escaso grado de coordinación incluso dentro del sistema deportivo y aún más si consideramos al resto de agentes socializadores. Si pretendemos utilizar el deporte como un medio promotor de valores democráticos, ninguno de estos potenciales agentes debería obviar su carga de responsabilidad. En este sentido, cabe recordar que si pretendemos enseñar a vivir y a convivir a los niños y niñas desde la infancia en un marco social digno debemos asumir que, como dicta un viejo proverbio africano, “para educar a un niño hace falta la tribu entera” (Marina, 2004).

BIBLIOGRAFÍA

- Águila, C. (2008). Imágenes y discursos del deporte contemporáneo: desafíos para una socialización democrática desde la edad escolar. En A. I. Hernández, L. F. Martínez y C. Águila (eds.). *El deporte escolar en la sociedad contemporánea* (pp. 17-60). Almería: Universidad de Almería.
- Águila, C. (2009). El deporte en el ámbito del ocio como medio de transformación social. En Moreno y González-Cutre (coord.) *Deporte, intervención y transformación social* (pp. 173-210). Río de Janeiro. Shape.
- Álvarez (2001). Deporte y pasiones comunicativas: el caso del magacín radiofónico español. En Devís (coord.). *La educación física, el deporte y la salud en el siglo XXI*. Alicante. Marfil.
- Barbero (1993). Introducción. En J.I. Barbero (ed.). *Materiales de sociología del deporte* (pp. 9-38). Madrid. La Piqueta.
- Barbero (2001). Imágenes del deporte en la sociedad de consumo. En Devís (coord.). *La educación física, el deporte y la salud en el siglo XXI*. Alicante. Marfil.

- Blasco (1994). *Actividad física y salud*. Madrid. Martínez Roca.
- Bourdieu (1993). Deporte y clase social. En J.I. Barbero (ed.). *Materiales de sociología del deporte* (pp. 57-82). Madrid. La Piqueta.
- Brohm (1993). 20 tesis sobre el deporte. En J. I. Barbero (ed.). *Materiales de sociología del deporte* (pp. 47-55). Madrid. La Piqueta.
- Codina (1989). *El deporte como actividad compensadora en el tiempo libre*. Anuario de psicología. 40: 18-24.
- Csikszentmihalyi (1990). *Flow: The psychology of optimal experience*. New York. Harper & Row.
- Devis (1999). Emoción, educación física escolar e innovación. En *Actas I Congreso Internacional de Educación Física "La Educación Física en el siglo XXI"*. Jerez. FETE-UGT.
- Dunning (1992). La dinámica del deporte moderno: notas sobre la búsqueda de triunfos y la importancia social del deporte. En N. Elias y E. Dunning. *Deporte y ocio en el proceso de civilización* (pp. 247-269). Madrid. Fondo de Cultura Económica.
- Dunning (2001). Emociones y violencia en el deporte contemporáneo. En Devís (coord.). *La educación física, el deporte y la salud en el siglo XXI*. Alicante. Marfil.
- Durán, García Latiesa (1998). El deporte mediático y la mercantilización del deporte: la dialéctica del deporte de alto nivel. En García, Puig y Lagardera. *Sociología del deporte*. Madrid. Alianza
- Elias (1992). Introducción. En N. Elias y E. Dunning. *Deporte y ocio en el proceso de civilización* (pp.31-81). Madrid. Fondo de Cultura Económica.
- García Ferrando (2001). Identidades colectivas y deporte. En Devís (coord.). *La educación física, el deporte y la salud en el siglo XXI*. Alicante. Marfil.
- García Ferrando (2006). Posmodernidad y deporte: entre la individualización y la masificación. Encuesta de hábitos deportivos de los españoles 2005. Madrid. CIS-CSD.
- García, Lagardera y Puig (1998). Cultura deportiva y socialización. En García, Puig y Lagardera. *Sociología del deporte*. Madrid. Alianza
- Gutiérrez (1995). *Valores sociales y deporte. La actividad física y el deporte como transmisores de valores sociales y personales*. Madrid. Gymnos.
- Gutiérrez (2003). La educación física y la educación en valores. En López, Monjas y Fraile (coords.). *Los últimos diez años de la educación física escolar*. Valladolid. Universidad de Valladolid.
- Gutiérrez (2004). El valor del deporte en la educación integral del ser humano. *Revista de Educación*. 335: 105-126.
- Gutiérrez y Vivó (2002). Desarrollo sociomoral en educación física. En *Actas VII Congreso AEISAD*. Gijón.
- Gutiérrez, Escartí, Pascual, Villar, Pons, Brustad y Balagué (2002). La educación física como medio para enseñar responsabilidad a jóvenes en riesgo. En *Actas VII Congreso AEISAD*. Gijón.
- Gutiérrez A.B. (2002). *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bordieu*. Madrid. Tierra de nadie.

Gutiérrez del Pozo (2006). Modelo de intervención para educar en valores a través del fútbol: una experiencia con niños entre ocho y once años en el colegio Mirabal. En Durán y Jiménez (comps.). *Valores en movimiento: la actividad física y el deporte como medio de educación en valores*. Madrid. Ministerio de Educación y Ciencia-Consejo Superior de Deportes.

Hargreaves (1993). Promesa y problemas en el ocio y los deportes femeninos. En J.I. Barbero (ed.). *Materiales de sociología del deporte* (pp. 109-132). Madrid. La Piqueta.

Heinemann (2001). Deporte y cambio social en el umbral del siglo XXI. En M. Latiesa, P. Martos y J.L. Paniza (comps.). *Deporte y cambio social en el umbral del siglo XXI*. Volumen I (pp. 43-57). Madrid. Esteban Sanz

Jiménez, Ramos y Cervelló (2002). Análisis de la coeducación en las clases de educación física. Propuestas didácticas para una intervención no sexista en el contexto educativo. *Habilidad motriz*. 18: 39-47.

Jiménez, Durán, Gómez y Rodríguez (2006). La actividad física y el deporte como instrumentos educativos y de integración social con jóvenes socialmente desfavorecidos: una experiencia en el programa aulas-taller y garantíasocial de la Comunidad de Madrid. En Durán y Jiménez (comps.). *Valores en movimiento: la actividad física y el deporte como medio de educación en valores*. Madrid. Ministerio de Educación y Ciencia-Consejo Superior de Deportes.

Mandell (1986). *Historia Cultural del Deporte*. Barcelona. Bellatierra.

Marina (2004). *Aprender a vivir*. Barcelona. Ariel.

Prat, Soler, Ventura y Tirado (2006). El deporte como instrumento para el desarrollo de la capacidad crítica de los adolescentes. En Durán y Jiménez (comps.). *Valores en movimiento: la actividad física y el deporte como medio de educación en valores*. Madrid. Ministerio de Educación y Ciencia-Consejo Superior de Deportes.

Sánchez-Barrera, Pérez y Godoy (1995). Patrones de actividad física de una muestra española. *Revista de Psicología del Deporte*. 7-8: 51-71.

Vázquez y Buñuel (1996). El acceso de las mujeres a la práctica del fútbol en España. En R. Sánchez (ed.). *La actividad física y el deporte en un contexto democrático (1976-1996)* (pp. 123-132). Pamplona. AEISAD.

Velázquez, R. (2004). Enseñanza deportiva escolar y educación. En Fraile (coord.). *Didáctica de la Educación Física. Una perspectiva crítica y transversal*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Vidal (2000). Ocio y deporte: espectadorismo y segregación por género. Comunicaciones del 6º Congreso Mundial del Ocio. Bilbao. Universidad de Deusto. (en soporte CD ROM).